

08.

Francisco Javier Cervantes Bello (coord.), *Libros y lectores en las sociedades hispanas: España y Nueva España (siglos XVI-XVIII)*,

Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vález Pliego", Ediciones Educación y Cultura, 2016, 410 p.

ISBN 978-607-525-019-9.

El siglo actual ha visto la consolidación en el medio historiográfico mexicano de los estudios sobre historia del libro y la lectura. Esta corriente no carece de distinguidos antecedentes en nuestra historiografía: después de los grandes bibliófilos del siglo XIX, en la línea de Joaquín García Icazbalceta, Vicente de P. Andrade y Nicolás León, el siglo XX vio los trabajos pioneros de investigadores como Ernesto de la Torre Villar o Carmen Castañeda, quienes dieron el salto de la bibliografía tradicional hacia el cuestionamiento de las visiones tradicionales sobre la historia de la cultura y el pensamiento, para las cuales los medios materiales de transmisión de los saberes eran un objeto de interés secundario frente al resplandor de las ideas. Al presente, gozamos por fortuna de una generación completa de estudiosos que,

en diálogo con la historia cultural francesa y anglosajona de las últimas décadas, han comenzado a cambiar nuestra percepción especialmente de la imprenta novohispana, tanto desde una perspectiva local como de la más amplia del orbe hispánico al que perteneció el México colonial.

Precisamente el volumen objeto de estas líneas, *Libros y lectores en las sociedades hispanas: España y Nueva España (siglos XVI-XVIII)*, coordinado por Francisco J. Cervantes Bello, tiene entre sus principales virtudes la de reunir a varios de los más destacados representantes actuales de esta línea de investigación, tanto en México como en España. Todos comparten una perspectiva espacial –la del mundo hispánico– acerca del peculiar momento, entre los siglos XVI y XVIII, en que gracias



a la imprenta la cultura escrita se convirtió en uno de los principales motores de la expansión de Occidente. Al mismo tiempo, cada uno manifiesta su peculiar interés en diferentes facetas del fenómeno del libro: como bien cultural, objeto potencialmente subversivo, fenómeno económico, capital personal, instrumento profesional, o agente político. Y es que, más allá de la proximidad cronológica y geográfica, lo que une a todos los investigadores participantes es, como sugiere el editor del volumen, la noción de que los libros y la lectura son un hecho social, que no puede comprenderse aisladamente como la mera emisión o recepción de textos, sino como la articulación constante y circular entre autores, censores, impresores, editores, libreros y lectores, lo mismo que entre los textos, sus variadas formas de existir y coexistir materialmente, y sus diferentes posibilidades de lectura.

Tomando como escenario principal la Puebla de los Ángeles, segunda ciudad de la Nueva España, y también la segunda que en el reino contó con imprenta, los estudios de la primera parte del libro nos acercan a través de los impresos a la época de la construcción del universo letrado en el Nuevo Mundo, del rigorismo contrarreformista hasta el declive de la cultura del barroco. Las dos colaboraciones iniciales, la primera por Asunción Lavrin y la segunda por Enrique González y Héctor Manuel del Ángel, presentan un panorama contrastante: por un lado, el privilegiado y ortodoxo mundo de los cronistas de las órdenes religiosas en Nueva

España y de sus obras, cuyo contenido y sentido son analizados por Lavrin en busca de los cánones de una cultura intelectual e histórica conformada y construida por autores predominantemente eclesiásticos. Frente a esta cultura “oficial”, González y Del Ángel se adentran en el poco conocido mundo de los lectores laicos, atisbado a través de las pesquisas de un comisario de la Inquisición en las bibliotecas de la ciudad de Puebla en 1588. Si bien los autores están interesados sobre todo en mostrar la manera en que las autoridades reales y eclesiásticas percibían en los libros un potencial peligro de disenso doctrinal y se empeñaron en fomentar una “santa ignorancia” a través de prohibiciones y confiscaciones de textos de espiritualidad en romance, no resulta menos fascinante su descripción del universo de lectores poblanos, pequeño pero mucho más diverso en su composición social y de género de lo que podría suponerse.

Puede cuestionarse si, como lo insinúan González y Del Ángel, el asedio inquisitorial de finales del siglo XVI consiguió desalentar la lectura como práctica social y frenar de alguna forma el desarrollo cultural novohispano. En cualquier caso, el siguiente texto en el volumen, de la autoría de Pedro Rueda Ramírez, parece argumentar en contrario al presentarnos el caso de la biblioteca del distinguido humanista Juan Rodríguez de León, “el Indiano”, que le acompañó en 1633 en su travesía desde España para ocupar una prebenda en la catedral de Puebla, y estudiada a partir de su registro de embarque. Miembro de uno



de los más exquisitos círculos de sabios, poetas y artistas de la corte madrileña, Rodríguez de León, hermano del no menos afamado jurista Antonio de León Pinelo, representa la canonización social en las Indias de un modelo de vida asociado al cultivo de las letras. Su biblioteca es a su vez fruto y modelo de la cultura elitista practicada en academias informales y tertulias eruditas, que debió difundirse ampliamente a ambos lados del Atlántico gracias a la movilidad de los letrados, propiciada por los mecanismos de promoción y patronazgo habituales dentro de las carreras eclesiástica y judicial en la monarquía española.

Sin abandonar la tónica de las individualidades, el inventario *postmortem* de los bienes del también prebendado de la catedral poblana, Juan Díez de Bracamont, fallecido en 1732, proporciona a Francisco Cervantes Bello elementos suficientes para señalar la congruencia existente entre las diferentes clases de “bienes culturales” acumulados a lo largo de su trayectoria vital por los miembros de la élite letrada colonial. Los libros de su biblioteca, al igual que el resto de sus posesiones (platería, muebles de China, pinturas, esculturas) son vistos por el autor como otros tantos elementos constitutivos de la subjetividad de una figura que se movía entre los extremos de los negocios mercantiles y mineros, por una parte, y por otra la carrera letrada entremezclada con la política cortesana. Aunque muy por debajo intelectualmente de Rodríguez de León, para Díez de Bracamont, al igual que

para el célebre Indiano, la biblioteca no es solo reflejo de inclinaciones personales o herramienta de trabajo; es también un símbolo de estatuto intelectual y prestigio social, capaz de eludir eventualmente la almoneda y la dispersión que ordinariamente afecta a las otras clases de bienes, y de trasladarse íntegro junto con el prestigio y la memoria de su dueño a otros poseedores individuales o corporativos, parte de su mismo entorno relacional.

La primera parte del libro se cierra con una valoración general por Olivia Moreno Gamboa de la producción de las imprentas poblanas entre 1700 y 1770, y del carácter de los autores que publicaron en ellas. Su análisis es uno de los más sugerentes de todo el volumen, no solo por abordar un período que, al quedar a medio camino entre las periodizaciones tradicionales del Barroco y la Ilustración, resulta con frecuencia desatendido, sino también por abordar la interesante cuestión de la relación real entre el desarrollo de la imprenta y la complejización de la cultura letrada en contextos americanos como el de la Angelópolis, donde las prensas fueron siempre pocas y su producción escasa, en comparación con sus contrapartes europeas. La confrontación entre impresos y autores angelopolitanos permite a la autora advertir acertadamente que la falta de suficientes prensas activas no fue un obstáculo invencible para la construcción de una cultura letrada, ni de carreras literarias individuales en la Puebla del siglo XVIII. Mientras los talleres tipográficos locales se concentraban en satisfacer la



limitada demanda (en cantidad y clases de impresos) del mercado tradicional, los hombres de letras no dudaron en acudir cuando fue necesario a los impresores de la capital del virreinato, o incluso de España para impulsar sus carreras y difundir sus obras, y al comercio de libros para acceder a lecturas provenientes de la metrópoli y de otras partes de Europa. Lo anterior plantea también el no menos interesante problema de los mecanismos y estrategias del cambio en la cultura intelectual en un medio como el hispánico e hispanoamericano, que buena parte de la historiografía ha calificado siempre de marginal en el contexto de los grandes “movimientos” como la Ilustración.

En este sentido, la segunda parte de *Libros y lectores en las sociedades hispanas* nos traslada a una nueva circunstancia temporal y se dedica precisamente a discutir las innovaciones y transformaciones que las ideas, y sobre todo las prácticas ilustradas trajeron consigo al ámbito de la lectura y la circulación de textos. El primer estudio de esta parte, por Ofelia Rey Castelao, establece la pauta al tratar una cuestión de arduo abordaje metodológico: las mujeres, el libro y la lectura en la España de las Luces. La falta de fuentes, el sesgo masculino de los testimonios contemporáneos y la concentración de los estudios en los ambientes urbanos y de élite son otros tantos problemas que la autora trata, a la vez que busca establecer un amplio estado general de la cuestión, sumamente atractivo y útil para el lector menos informado acerca del contexto peninsular. Rey Castelao busca

mostrar que, si bien la segunda mitad del siglo XVIII, época que ve el surgimiento de un número considerable de autoras, representa un avance considerable en la difusión de la cultura letrada entre las españolas, habrían persistido factores que dificultaron el crecimiento de la población femenina alfabetizada y su acceso a la lectura, incluso dentro de las instituciones dedicadas a la educación de la mujer que se multiplicaron en la centuria. Algunos de los datos sobre los que se sustenta su interpretación son sin duda discutibles (por ejemplo, la firma en los testamentos como indicador para la estimación del nivel de alfabetización de las mujeres), pero resultan sin duda relevantes en la discusión más amplia acerca del supuesto carácter ilustrado y los límites reales de la política educativa del absolutismo español.

Una temática muy distinta se presenta en el siguiente trabajo, por María Luisa Candau y Rosario Márquez, que reflexiona conjuntamente sobre dos facetas peculiares de la cultura del siglo XVIII: por una parte, la amplia difusión del género epistolar como recurso narrativo y lenguaje para la comunicación filosófica en las letras del período; por otra, la aparición durante ese siglo del niño como sujeto cultural y objeto de una pedagogía especializada. Da pie para ello un texto titulado *Entretenimiento de los niños, con reflexiones e instrucciones para la juventud, por Monsieur Rochon*, publicado en Madrid en 1779, y cuyo verdadero autor fue identificado por las autoras tras una investigación meticulosa como Pierre Contaut, profesor de francés y es-



critor radicado en la corte desde la década de 1760. El libro adopta la forma de una serie de cartas familiares redactadas por los jóvenes alumnos de una preceptoría, lo que permite a Candau y Márquez explicar la importancia de la preceptiva de la escritura epistolar como forma de aprendizaje de códigos de conducta socialmente sancionados, en una época de gradual “democratización” de la escritura. El niño esbozado en las cartas de Contaut es una criatura inherentemente bondadosa, a la que el despunte de la razón hace susceptible de recibir los positivos influjos de la moral, bajo un sistema que busca un balance entre trabajo, juegos y ejemplos de virtud. De esa manera, el texto de Contaut, imaginando el universo sentimental de los niños, se vuelve al mismo tiempo ejemplo para éstos y sus preceptores, y se une al caudal de literatura educativa que, como bien señalan las autoras, irrumpió con gran fuerza en el mercado editorial del siglo XVIII.

El siguiente artículo es dedicado por Manuel José de Lara Ródenas a la vida y trabajos del educador ilustrado onubense José Isidoro Morales (1758-1818). Se trata de una pequeña biografía intelectual de corte tradicional, ampliamente documentada, en la que puede apreciarse el impacto de las nuevas formas de sociabilidad ilustrada entre los hombres de letras de las ciudades provinciales españolas, aunque se echa de menos en el trabajo una presencia significativa de la temática central del volumen.

No es el caso de la colaboración firmada por Manuel Suárez Rivera, que la retoma de lleno y cierra el volumen abordando un asunto de gran interés para la historia de las lecturas ilustradas en la Nueva España tardía: el sistema de suscripción como estrategia comercial empleada por los impresores en el negocio de las publicaciones periódicas, y por los autores locales para financiar la publicación y difusión de sus obras. Utilizando fuentes primarias que se incluyen como apéndice a su artículo, el autor describe la manera en que Manuel Antonio Valdés, editor de la *Gazeta de México*, estableció una duradera y beneficiosa relación con el público lector novohispano gracias a la red de suscriptores de su periódico extendida por todo el reino. Al mismo tiempo, apunta correctamente que la publicación de obras por suscripción era una práctica aparentemente usual para la época (1784) en que inició la publicación de la *Gazeta* de Valdés y plantea la interrogante de su funcionamiento y orígenes; acaso estos puedan rastrearse a la anterior *Gazeta de México*, la de Juan Francisco Sahagún de Arévalo, que apenas es mencionada por Suárez Rivera. El trabajo concluye mostrando la manera en que autores como Rafael José Larrañaga y José Ignacio Bartolache emplearon exitosamente la suscripción para dar a luz obras de gran importancia para la cultura ilustrada mexicana, y proponiendo un estudio sistemático de las listas conservadas de suscriptores de obras del siglo XVIII a fin de acercarse y hacer tangibles a sus lectores, invariablemente los actores más esquivos en todo estudio de historia del



libro y la lectura.

Para concluir esta reseña conviene señalar que el volumen coordinado por Francisco Cervantes Bello es el primero de la colección “Domus Libri”, editada por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla a fin de promover y difundir las investigaciones acerca de la historia del libro, misma que ya cuenta con otros títulos dignos de tomarse en cuenta. De este modo, puede decirse que *Libros y lectores en las sociedades hispanas: España y Nueva España (siglos XVI-XVIII)*, no es una contribución más a la historiografía mexicana sobre el tema: es la constatación de que en los años por venir seguiremos gozando, de mano de estos y otros autores, de un caudal de trabajos que enriquecerán nuestro conocimiento de la dimensión material, social y cultural de la lectura a través del tiempo. Es, de la misma manera, un adelanto de que la tónica principal en esta producción científica será sin duda la diversidad metodológica, desde los enfoques comparativos a los abordajes cuantitativos o las perspectivas de género, entre muchos otros que, ya presentes en este volumen colectivo, anuncian sin duda el advenimiento de una nueva historia del libro en México e Hispanoamérica. ■

Iván Escamilla González
Universidad Nacional
Autónoma de México